

Konrad-Adenauer-Stiftung e.V.

20 AÑOS DESPUÉS
DE LA CAÍDA DEL MURO

Konrad Weiß

Helmut Kohl

Marianne Kneuer

Joachim Ragnitz

Carlos Huneeus

No. 4
Chile 2009

Editor: Fundación Konrad Adenauer
Responsable: Winfried Jung

Índice

Prólogo Reunificación	5
La primera noche de paz Konrad Weiß	9
Discurso televisivo del canciller federal Dr. Helmut Kohl del 2 de octubre de 1990 (extracto) Helmut Kohl	15
Liberación del abrazo de hierro Marianne Kneuer	17
Veinte años de la reconstrucción de Alemania del Este: Logros y fracasos Joachim Ragnitz	23
La caída del Muro de Berlín: un momento estelar Carlos Huneus	29

PRÓLOGO

Reunificación

El caso alemán sólo puede ser resuelto bajo un techo europeo. Esta afirmación de Adenauer resultó ser cierta, sostuvo el canciller alemán Helmut Kohl en enero de 1990. Para los cancilleres demócratacristianos, el apego a Occidente y la integración europea siempre habían sido pasos determinantes para la superación de la división de Alemania y para la lucha contra afanes nacionalistas.

A partir del 1949, la política de Konrad Adenauer apuntaba a asegurar la existencia de Alemania en contra de los afanes expansionistas de los soviéticos, que tras la Segunda Guerra Mundial habían provocado la división de Alemania. A la vez, fue su objetivo fortalecer la democracia parlamentaria y conservar los valores cristianos de Occidente. Tanto la democracia como los valores estaban amenazados por la opresión comunista y la tiranía en la Europa Oriental y en la RDA. A través de la integración de la República Federal de Alemania a la comunidad occidental de Estados, se pretendía consolidar la joven democracia, garantizar la seguridad interior e impedir que el pueblo alemán se lanzara a aventuras nacionalistas. Esto se aplicaba aún más para una futura Alemania reunificada, que iba a ser miembro de

la Unión Europea de Estados, tal y como lo estableció el Convenio General de 1955.

La OTAN y las Comunidades Europeas formaron bastiones contra las infiltraciones comunistas, ya que desde siempre han sido comunidades valóricas. La libertad y las elecciones libres para ellas fueron y siguen siendo la expresión del derecho a la autodeterminación de cada pueblo. Corresponde al concepto de la democracia occidental el proporcionar este derecho a todos los alemanes y para la Unión Demócrata Cristiana y los cancilleres demócratacristianos Adenauer, Erhard, Kiesinger y Kohl representaba la condición fundamental para alcanzar la reunificación.

En los años 50, la CDU y la CSU se oponían firmemente a los afanes de la SPD y parte de la FDP de alcanzar la unidad nacional a través de priorizar una Alemania reunificada y neutra por encima de las libertades de la democracia occidental. Adenauer enfrentó la supuesta contradicción entre la integración occidental y la reunificación con la afirmación –políticamente correcta, pero entonces para nada popular– que la reunificación en paz y libertad sólo se podía lograr a través del camino de la integración

europea. Hasta la restitución de la unidad alemana en 1990, todos los demócratas cristianos siguieron el principio: Sin libertad no hay unidad en libertad.

La reconstrucción, la seguridad, la libertad, la soberanía y la equidad se podían lograr a través de la integración occidental. El objetivo de la reunificación también tenía que esperar porque no era posible realizarlo sin el consentimiento de la Unión Soviética. Por lo tanto, la libertad y la integración occidental para Adenauer tenían prioridad antes que la reunificación, es más, finalmente fueron el camino hacia ella, lo que quedó en evidencia en 1989/90.

La paciencia y la visión de Adenauer

Desde la adhesión de la República Federal de Alemania a la OTAN en 1955, para Adenauer, cualquier oportunidad de negociación acerca de la reunificación requería primero de un equilibrio de intereses entre Washington y Moscú en cuanto a la política de armamento. La suposición de que una distensión de la situación sería una de las condiciones fundamentales para la reunificación fue el prerequisite para la nueva política oriental de Brandt después de 1969. La Unión Demócrata Cristiana, en cambio, mantuvo su concepción de que sólo la reunificación permitiría una distensión verdadera y permanente en el conflicto entre Oriente y Occidente.

En contraposición a Brandt, Adenauer no estaba dispuesto a pagar el precio exigido para

la distensión, el reconocimiento de facto de la RDA. Adenauer confiaba en que la gente en dictaduras comunistas tampoco iba a aceptar permanentemente la represión, sino aspirarían a la libertad. En 1960 pronosticó que esto podía pasar más rápido de lo que se pensaba, ya que, según él, la historia está llena de sorpresas.

Adenauer sostuvo que frente a esta tensa situación y debido a la fuerza de Occidente, los líderes soviéticos poco a poco iban a reconocer sus propios errores y algún día llegaría el momento de negociar seriamente la reunificación de toda Europa. En caso de llegar a un acuerdo, Adenauer estaba también dispuesto a aceptar compromisos políticos, a cambio de negociar la seguridad, la paz, la libertad y finalmente el establecimiento de la unidad alemana. Desde su punto de vista, el derrumbe interior del imperio soviético solamente era cuestión de tiempo y no ponía en duda que iba a suceder. Esperaba pacientemente una oportunidad para la reunificación, la oportunidad favorable que había que aprovechar. Por supuesto Adenauer sabía que ciertas condiciones históricas se dan sólo pocas veces y que su duración no es indefinida.

Tras los retrocesos en la política de distensión a fines de los años 70, quedaban pocos alemanes con semejante fe en el futuro. Para gran parte de la sociedad de Alemania Occidental, el objetivo nacional de la reunificación ya se había perdido de vista debido a ciertos problemas de la política actual. El gobierno de Kohl, en cambio, en los años 80 siguió manteniendo este objetivo sin alteraciones, en concordancia con los principios de Adenauer.

La lucha contra resistencias

Sin embargo, había algunas resistencias contra la unidad alemana. En la política interior, se manifestaban entre los partidarios ortodoxos de la SED y en la fracción izquierdista de los socialdemócratas; en la política exterior especialmente por parte de la primera ministra británica Margaret Thatcher, que afirmó que la reunificación no representaba una necesidad inevitable de la historia. Sin embargo, en 1989/90 no fue capaz de plantear una alternativa más convincente que la reunificación para resolver el caso alemán.

Los alemanes por cierto también tuvieron suerte: que Gorbachov llegara al poder en 1985; que no frenara el desarrollo de las reformas en Polonia y Hungría en 1989; que se iniciara la fuga masiva a Hungría, Praga y Varsovia; que las manifestaciones masivas en la RDA aceleraran la caída de la SED y que el liderazgo soviético no recurriera al uso de la violencia.

Por otro lado, después de una etapa transitoria de espera en noviembre/diciembre de 1989, Kohl y los otros demócratacristianos en el gobierno alemán demostraron buen instinto político, habilidad de negociación y capacidad de imponerse. De este modo, se logró el restablecimiento de la unidad alemana de manera mucho más rápida de lo que muchos alemanes eran capaces de imaginar después de cuatro décadas de la división.

Respecto a la reunificación el 3 de octubre de 1990 y la recuperación de la soberanía alemana, se daban diferentes requisitos fundamentales, que en su mayoría ya habían sido máximas de la política demócratacristiana desde los años 50.

El gobierno que representaba a Alemania era un socio reconocido a nivel internacional, que sintetizaba el objetivo de la reunificación con los intereses de los aliados occidentales, sobre todo los Estados Unidos de América. Alemania permanecía siendo miembro del sistema occidental de pactos y –tras la renovación de la renuncia a las armas NBQ, que Adenauer ya había declarado en 1954 y que fue repetida por Kohl en 1990 y la reducción de las fuerzas armadas convencionales– tenía prácticamente el estatus de país no agresor. Además, el federalismo alemán seguía asegurando una descentralización del poder. Y finalmente, los alemanes habían interiorizado los valores de las democracias occidentales y los habían convertido en el fundamento de su actuar político.

El “Plan de 10 puntos” de Helmut Kohl

En 1989 efectivamente se daban condiciones importantes que llevaron a la caída del Muro el 9 de noviembre y que ya Adenauer había pronosticado como requisitos para la reunificación. Entre ellos estaban el proceso de cambio de opinión de los líderes soviéticos bajo Gorbachov; la incapacidad de la Unión Soviética de seguir compitiendo en la carrera por la tecnología militar frente a la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) de los Estados Unidos de América; la disposición a crear un equilibrio entre los superpoderes respecto a la política de armamento; la pérdida del interés de la Unión Soviética en la RDA como objeto de negociación y el retorno de los Estados de la Europa Oriental a sus raíces occidentales y cristianas.

Orientaciones democratacristianas

- Continuación sistemática de la integración europea.
- Integración de la República Federal de Alemania en la comunidad de Estados occidentales.
- Mantener la máxima "Sin libertad no hay unidad en libertad".
- Unión Monetaria.
- Introducción de la Economía Social de Mercado en los nuevos Estados federales de Alemania

A fines del año 1989 y a principios del 1990, el canciller Kohl inició con tres decisiones fundamentales el camino al restablecimiento de la unidad alemana. Por un lado arrojó por la borda el concepto de una comunidad contractual (Plan de 10 puntos) y aspiraba a la reunificación nacional lo más rápido posible. Por otro lado pretendió alcanzar a través de la unión monetaria, económica y social entre ambas Alemanias el primer paso hacia la reunificación interna del país. Al mismo tiempo, apuró el proceso de la integración europea. Finalmente, en febrero de 1990, Gorbachov se declaró dispuesto a conceder a los alemanes en la RDA el derecho a la autodeterminación a través de elecciones libres.

La victoria electoral de la Alianza para Alemania en las primeras elecciones libres de la Cámara del Pueblo de Alemania –el parlamento de la RDA– el 18 de marzo de 1990, marcó un hito importante. Con la votación, se eliminaron las

últimas dudas respecto a la voluntad de los alemanes por la unidad. La ruptura en la política interior y exterior sucedió en mayo/junio de 1990. El requisito elemental fue la introducción rápida del marco alemán y con eso de la Economía Social de Mercado en la RDA con fecha del 1 de julio de 1990. Representaba la primera fase de la reunificación, que se selló con el Tratado de Unificación y la regulación de los temas de la política exterior en el "Tratado 2 + 4". La República Federal de Alemania sólo logró este resultado a través de una continua política de consulta con sus aliados occidentales en relación a la continuación de la integración europea con una Unión Económica y Monetaria, así como al inicio de los debates acerca de la Unión Política.

La primera noche de paz

Acerca del saneamiento de la historia alemana a través de la caída del Muro de Berlín

Konrad Weiß

Desde hace muchos años que tengo una foto en mi oficina, tomada por casualidad en la noche de la apertura del Muro, el 9 de noviembre de 1989, en el paso fronterizo Bornholmer Straße. En ella se puede reconocer a mi esposa, mi hija y a mí en medio de una multitud de personas y autos, de noche en el puente Bornholm. A veces saco la foto de la pared y la miro con una lupa, veo las caras felices, veo mi cara feliz.

Esa noche de la apertura del Muro fue para mí la primera noche de paz. La primera noche de paz después de la guerra, la primera noche de paz después de dos dictaduras. Así lo expresé también al día siguiente en la columna "Correspondencia de Berlín" en el semanario católico polaco *Tygodnik Powszechny* en Cracovia. Ahora, veinte años después, este texto, que nunca publiqué en Alemania, me parece ser un testimonio auténtico de lo que muchos en ese tiempo vivieron, sintieron y pensaron. Veinte años después, ya mucho de eso se ha olvidado, otros acontecimientos y experiencias se han superpuesto. Y probablemente algunos incluso se avergüenzan

del exceso de emociones que sintieron en esa noche. Pero todo fue así:

Descripción de la primera hora

"¿Cómo es posible contarle a usted, querido vecino polaco, lo que experimento, lo que pienso, lo que siento? El muro se ha vuelto permeable para todos los alemanes. Berlín volvió a ser Berlín. Me cuesta controlar mi euforia, lamento si no lo logro. Quiero contarle de la primera noche de paz en Alemania:

Una hora antes de la medianoche del 9 de noviembre de 1989, un día que a partir de ahora debería ser proclamado día nacional de Alemania, la siguiente noticia se difundió como un reguero de pólvora: podemos pasar para allá, cualquiera puede pasar para allá, sin visa, sólo basta con la cédula de identidad. Mi esposa, que escucha la noticia junto a mí, no lo puede creer. No lo creo, me dice, una y otra vez, no lo creo. Ven, le digo,

quiero verlo, quiero probarlo... Y nos subimos al auto, nos dirigimos a la calle Bornholmer Straße, al paso fronterizo más cercano. Ya casi no se puede traspasar. A una hora, en la que normalmente las calles aquí en Berlín Oriental parecen muertas, hay vida, las personas llegan en hordas a la frontera, sonríen, a todos todavía les cuesta creerlo.

Rápidamente nos devolvemos a la casa y despertamos a nuestra hija más joven, que con sus diecinueve años todavía nunca ha podido viajar al Occidente. Ella también está atónita, incrédula. Tantas veces se había parado frente al Muro, este monstruo inhumano. Ella creció en su sombra, el país atrás de él para ella es un país desconocido, casi algo inexistente. En el momento en que nos acercamos a la frontera, escuchamos gritos de alegría del otro lado, no suena agresivo ni amenazante, es la risa feliz y liberada de decenas de miles de personas.

Y ya nos hallamos en medio de esta muchedumbre, que se desparrama libre, incontrolada e imparablemente sobre el puente Bornholm, aquel puente que ha sido –desde hace ya casi tres décadas– un símbolo de nuestra división, de nuestra separación. Ni siquiera hace falta presentar nuestra cédula de identidad que llevamos por precaución. Simplemente caminamos, como parte de este desfile alegre, y las personas alrededor de nosotros se ríen, cantan, bailan, lloran... y nadie los detiene. Nadie podría haberlos detenido y nadie volverá a detenerlos nunca más.

Las barreras de concreto, el alambre de púas, las rejas, los muros dentro de pocos minutos han perdido su sentido y nunca más lo recuperarán.

Aquellos, que hasta el momento han vigilado la frontera, ahora están parados a su lado, con caras iluminadas, se nota que ellos también se alegran, también fueron contagiados por la alegría de esta noche. La gente se acerca a ellos, les dicen algo amable, hacen una broma y uno que otro soldado fronterizo lleva flores en las manos.

Mientras que la amplia masa se mueve hacia Berlín Occidental, desde la dirección opuesta viene una corriente escuálida: alemanes de la RDA, que simplemente querían poner un pie en el otro lado, algunos en pijama debajo del abrigo. También hay berlineses de la parte occidental, ellos también quieren traspasar por fin al otro lado de la ciudad y tampoco a ellos nadie les impide el paso o los controla a esta hora. Los autos tratan con esfuerzo de avanzar en medio de la masa humana que fluye en ambas direcciones, se escuchan fuertes bocinazos, pero incluso esto parece un concierto alegre y polifónico.

En el otro lado nos esperan buses, las empresas de transporte de Berlín reaccionaron rápidamente. El bus nos deja en la próxima estación de Metro, en el andén espera una multitud. El último tren en realidad ya salió. Pero todos esperan pacientemente, el personal del Metro, cuya jornada ya terminó, sigue informando amablemente y se prepara para una noche larga. Después anuncian que los trenes seguirán funcionando durante toda la noche. La gente lo agradece con aplausos o con alguna palabra amable. Mi hija repite una y otra vez: no puedo creerlo, no puedo creerlo. Y al igual que nosotros, muchos se habrán preguntado: ¿Estaremos soñando?

El tren pasa por la estación Zoo y de ahí al Kurfürstendamm. Nadie lo ha dicho explícitamente, pero todos tenemos sólo esta meta: el Kurfürstendamm. Por fin caminar con nuestros propios pies en esta famosa calle de Berlín, por fin tomarse una cerveza en uno de los muchos bares, solamente caminar y solamente mirar.

Estas horas nocturnas en el Kurfürstendamm no serán olvidadas jamás por aquellos que entonces estaban allá. Pues fueron horas en la que todas las personas se sentían cercanas. Nadie se avergonzó de sus sentimientos, cada uno expresó su alegría a su manera. Y eso fue en todo momento absolutamente pacífico, sin nada de agresión o distancia. No sabía que las personas pueden estar tan cercanas. Personas totalmente desconocidas se abrazan y se besan. Los berlineses occidentales invitan a los berlineses orientales a los bares. Se preguntan: ¿Vienes del Oriente? ¿Eres del Occidente? El Kurfürstendamm está repleto de autos con matrículas de la RDA, hay Trabants al lado de Jaguars, hay Wartburgs al lado de Mercedes. El tráfico colapsó hace rato.

En el cruce enfrente del Café Kranzler, el famoso lugar de Berlín, se paró un auto de lujo, con las ventanas abiertas, la música que suena del radio está a todo volumen y la gente alrededor empieza a bailar. En las veredas de las calles se ven botellas vacías de champán, marca *Rotkäppchen*, traídas del Oriente y vaciadas aquí en el "Kudamm". Nuestra hija, curiosa, nos lleva a una discoteque, primero nos sentimos un poco irritados en medio de tantos colores y luces, pero después empezamos a bailar, primero yo, luego mi esposa y al final mi hija. Nunca antes habíamos bailado así juntos.

De vez en cuando nos encontramos con un amigo, con familias que partieron igual que nosotros en esta noche de ensueño. En verdaderas cascadas de palabras nos confirmamos mutuamente que todo lo que vivimos es real. Nos confesamos nuestra alegría y recordamos las lágrimas y la sangre que costó este muro. Sí, esto también es parte del sueño desinhibido de esta noche, el recordar a los muertos, a las víctimas de esta estructura inhumana. Por momentos poseemos una parte del cielo, y nos sentimos consolados y reconfortados en una gran armonía. Nunca antes había entendido tan bien las palabras del Sermón del Monte. Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados. Sí, en esta noche somos consolados.

Para los alemanes es esa la primera noche de paz. Nosotros, los alemanes de aquí y de allá, sufrimos y luchamos para este momento. Y esta noche muestra que tan cercanos se sienten todavía los alemanes de aquí y de allá. Sin embargo, casi nadie habla de la reunificación en este momento, a pesar de que todos sienten la unión. Más bien se siente el orgullo de los alemanes de la RDA de si mismos, de su fuerza, es un orgullo bello el de aquella noche, no es excluyente, sino abierto para todos y lleno de autoestima.

Entiendo si usted, querido vecino polaco, mira con desconfianza los acontecimientos de esta noche en Berlín. Entiendo que puede temer a esta erupción sentimental de los alemanes. Pero créame, este momento fue distinto de lo que usted recuerda. No se seguía a líderes y no había marchas, solamente baile. Fue una noche maravillosa con un toque de anarquía. Pues aquello, de lo que nadie, ni siquiera

nosotros mismos, nos creía capaces, sucedió: simplemente pasamos por encima del Muro.

Los tímidos intentos de los soldados fronterizos de lograr con chorros de mangueras de bomberos la capitulación de los primeros en escalar el Muro, sencillamente fueron ignorados. La gente abrió sus paraguas y se agarraron uno del otro. Ninguna violencia, ninguna violencia. Este grito, que desde el 7 de octubre había sonado una y otra vez durante nuestras manifestaciones pacíficas, también en este momento trajo la victoria. Y usted debería haber visto, cómo posteriormente los alemanes de aquí y de allá se pararon encima del Muro, bailaron en él y abrieron pequeñas brechas con cincel y martillo.

Aquellas horas quizás fueron realmente las primeras horas de una Alemania nueva y absolutamente distinta, de una Alemania, que ya ningún vecino debe temer nunca más. E incluso en esta hora no nos olvidamos de lo que nos atormentaba y lo que nos quedaba por cambiar. En medio del arrebatado de alegría, amigos que pertenecían a grupos opositores y que se habían encontrado, hablaron de lo que estaba por venir. Y esto, lo tenemos claro, va a ser difícil, muy difícil. A esta noche le va a seguir y tiene que seguir sobriedad. Pues todavía miles de personas siguen abandonando nuestro país. Aunque la mayoría en esa noche se devolvió a Berlín Oriental, muchos, demasiados, se quedaron.

Y son tareas tan difíciles las que nos esperan. Necesitamos un nuevo derecho electoral, que garantice elecciones libres y que nos permita un desarrollo democrático. Necesitamos lograr un cambio constitucional, para que el monopolio de liderazgo de los comunistas ya no paralice la vida

pública. Necesitamos cambiar nuestra economía desde las bases y esto exigirá grandes sacrificios de todos nosotros. Necesitamos establecer nuevos medios de comunicación libres. Todos nosotros todavía tenemos que aprender a ser democráticos.

Pero usted, querido vecino polaco, estará cerca de nosotros y, como espero, se nos acercará más a través de las fronteras abiertas. En el pasado aprendimos tanto de usted y estoy seguro de que sin usted y sin el Sindicato Solidaridad, esa noche de paz en Berlín no habría sido posible. Le quiero agradecer su lucha valiente y su solidaridad. Perdone mis atropelladas palabras en esta hora de la alegría y alégrese con nosotros, los alemanes, en una vecindad solidaria.”

Correlación con la historia de salvación

En esa noche del 9 de noviembre de 1989, así lo puedo decir en retrospectiva después de veinte años, efectivamente algo se sanó en Alemania. Algunos estaban preocupados de que el otro 9 de noviembre, la noche del gran pogromo de 1938, podría perder de importancia, incluso que podría ser olvidado. Este temor no se confirmó. Más bien queda cada vez más evidente que entre estas dos fechas –y una tercera, la proclamación de la República el 9 de noviembre 1918– existe una profunda correlación histórica. Desde mi punto de vista cristiano, también veo una profunda correlación con la historia de salvación.

En Berlín Oriental todos los años –probablemente ya desde el año 1978– se conmemoraba durante una misa en la iglesia Sophienkirche el

gran pogromo de 1938. Posteriormente, los asistentes caminaban con velas al cercano y anti-guero cementerio judío ubicado en la calle Große Hamburger Straße, en donde se halla también la tumba de Moses Mendelssohn, el gran filósofo y filántropo judío, que fue el modelo para Nathan el Sabio en el drama de Lessing. El cementerio había sido destrozado en tiempos del nacional-socialismo y en la época de la RDA fue aplanado y transformado en un área verde. El escritor Heinz Knobloch trajo el cementerio nuevamente a la memoria y lo devolvió a la conciencia de Berlín Oriental con su biografía de Mendelssohn, *Herr Moses in Berlin*, y su famosa primera frase: "Desconfiad de las áreas verdes".

La marcha con velas que se realizaba cada 9 de noviembre, así me parece hoy día, de algún modo fue precursora de los acontecimientos de 1989. Siempre había sido algo que normalmente no existía en la RDA y que en general tampoco se toleraba bajo ninguna circunstancia: una procesión no autorizada, quizás una manifestación, en todo caso una agrupación no inscrita, tal y como se llamaba en la jerga de la SED, del Partido Socialista Unificado de Alemania. La policía y el servicio de seguridad estatal siempre nos dejaban marchar y seguían la procesión a cierta distancia, sacaban disimuladamente fotos y seguramente también enviaban sus vigilantes a misa. Probablemente, los comunistas temían el escándalo que habría provocado una intervención justamente durante la conmemoración de la "noche de cristales rotos".

La noche de pogromos de 1938, que terminó en la *Shoá*, fue símbolo del primer Estado totalitario alemán y de su ideología, basada en la obsesión por la raza. El Muro y todo aquello

que representaba, fue un símbolo de la infamia del socialismo totalitario y del Estado inconstitucional en que se fundamentaba. La superación del Muro también significó la superación de las ideologías totalitarias y la apertura a la democracia, finalmente en toda Alemania.

Un testimonio y símbolo visible, incluso increíble, para el saneamiento de Alemania, que siguió esta primera noche de paz, fue la inmigración masiva de judíos perseguidos a la RDA liberada y posteriormente a la Alemania reunificada. La último parlamento de la RDA, que fue libremente elegido, había posibilitado el camino hacia este desarrollo con su declaración histórica del 12 de abril de 1990. En ella, reconoció la culpa y corresponsabilidad de los alemanes de la RDA por la humillación, expulsión y el asesinato de mujeres, hombres y niños judíos y pidió disculpas por la hipocresía y la hostilidad de la política oficial de la RDA hacia el Estado de Israel y por la persecución y la degradación de conciudadanos judíos, incluso después de 1945. Los parlamentarios aprobaron unánimemente el conceder asilo en la RDA a los judíos perseguidos. Esto fue puesto en práctica durante el último gobierno de la RDA y, tras la reunificación, por el gobierno alemán. El hecho de que tras la *Shoá* judíos volvieran a buscar asilo en Alemania, realmente es una señal de que el país cambió.

Campos de tensión de la memoria

Sin embargo, es lógico que permanezca un campo de tensión entre ambas fechas, el 9 de noviembre de 1938 y el 9 de noviembre de 1989, y la memoria en ellas. Este campo de tensión no

se puede eliminar y tampoco debe ser eliminado. Más bien veo en él una tensión necesaria y fértil. Ambas fechas pertenecen definitivamente a la historia de los alemanes. Y ambas fechas tienen que ser comprendidas e interiorizadas en su relación más profunda. También en varias generaciones más, al convocar uno de ambos 9 de noviembre, habrá que pensar también en el otro 9 de noviembre.

Al igual que la culpa y la reconciliación, la vergüenza y el orgullo, la alegría y la tristeza pertenecen inevitablemente a la vida de cada ser humano, también pertenecen inevitablemente a la vida de cada pueblo. Y no sólo como experiencia histórica, sino también como posibilidad dentro de cada uno de nosotros, como potencial y como peligro. Pues no hay certeza de que la memoria sane y de que se aprenda de la historia. No hay certeza de que los enemigos de la democracia no volverán a prevalecer en algún momento. Se requiere de la alerta y del esfuerzo de todos los demócratas para que esto no pase. Quizás es éste el mensaje real de esta fecha memorable.

Discurso televisivo del canciller federal Dr. Helmut Kohl

2 de octubre de 1990 (extracto)

Helmut Kohl

¡Queridos compatriotas!

Dentro de pocas horas, un sueño se hará realidad. Tras más de cuarenta años amargos de la división, Alemania, nuestra patria, es nuevamente unida. Para mí, este momento es uno de los más felices de mi vida y a través de muchas cartas y conversaciones sé la alegría que siente también la gran mayoría de ustedes. En un día así, dirigimos nuestras miradas al futuro. Sin embargo, a pesar de toda la alegría queremos primero pensar en aquellos que más sufrieron por la división de Alemania. En las familias que fueron separadas sin misericordia. En los prisioneros políticos encarcelados en las penitenciarías. En las personas que murieron en el Muro. Por suerte, todo esto pertenece al pasado. No debe repetirse nunca más. Es por eso que tampoco debemos olvidar. Esta memoria la debemos a las víctimas. Y la debemos a nuestros hijos y nietos. Ellos deben estar libres de experiencias semejantes para siempre.

Por el mismo motivo, tampoco olvidaremos a quienes debemos la unidad de nuestra patria. No

la habríamos logrado por nuestra propia fuerza. Muchos aportaron a la causa. ¿Cuándo un pueblo ha tenido la oportunidad de superar décadas de una división tan dolorosa de manera tan pacífica? En absoluta conformidad con nuestros vecinos, restablecemos la unidad de Alemania en libertad.

Agradecemos a nuestros socios, agradecemos a nuestros amigos. Especialmente agradecemos a los Estados Unidos de América, sobre todo al Presidente George Bush. Agradecemos a nuestros amigos en Francia y en Gran Bretaña. Ellos siempre nos han apoyado en tiempos difíciles. Durante décadas, protegieron la libertad de la parte occidental de Berlín. Apoyaron nuestro objetivo de recuperar nuestra unidad en libertad. También en el futuro estaremos ligados a ellos por la amistad.

También debemos nuestros agradecimientos a los movimientos de reforma en la Europa Central, Oriental y Sudoriental. Hace alrededor de un año, Hungría dejó que los perseguidos salieran del país. Con eso se golpeó la primera piedra del

Muro. Los movimientos de liberación en Polonia y en Checoslovaquia alentaban a la gente en la RDA de empeñarse por su derecho a la autodeterminación. Ahora acometemos la tarea de realizar una reconciliación permanente entre el pueblo alemán y el pueblo polaco.

Agradecemos al Presidente Gorbachov. Él reconoció el derecho de los pueblos de emprender su propio camino. Sin esta decisión, no habríamos celebrado tan pronto el día de la Unidad Alemana.

(...)

El hecho de que este día haya llegado, se lo tenemos que agradecer especialmente a aquellos alemanes, que, con la fuerza de su amor a la libertad, superaron la dictadura de la SED, del Partido Socialista Unificado de Alemania. Su medida y su prudencia seguirán siendo modelos a seguir.

Más de cuarenta años de la dictadura de la SED dejaron heridas profundas, también y sobre todo en los corazones de la gente. El Estado de derecho tiene la tarea de crear justicia y paz interior. Esta tarea nos confronta a todos en un desafío difícil. Hace falta expiar graves injusticias, pero también necesitamos nuestras fuerzas para la reconciliación interior.

Ruego a todos los alemanes: demostremos que somos dignos de la libertad para todos. El 3 de octubre es un día de alegría, de agradecimiento y de esperanza. La generación joven en Alemania ahora tiene –como casi ninguna otra generación anterior– la oportunidad de vivir toda su vida en paz y en libertad.

Sabemos que nuestra alegría es compartida por muchas personas en el mundo. Ellos deben saber lo que nos conmueve en este momento: Alemania es nuestra patria, la Europa unida es nuestro futuro. ¡Qué Dios bendiga a nuestra patria alemana!

(impreso en: *Bulletin des Presse- und Informationsamtes der Bundesregierung* del 05.10.1990)

Fuente: Karin Lau/Karlheinz Lau: *Einheit in Frieden und Freiheit. Dokumente der Wiedervereinigung Deutschlands*. Braunschweig 1991.

Liberación del abrazo de hierro

La dimensión europea e internacional de la caída del Muro de Berlín

Marianne Kneuer

Los momentos especiales de la historia con frecuencia se expresan en metáforas. De este modo, Churchill en su tiempo simbolizó la inminente división de Europa con la imagen de la cortina de hierro, imagen que no había inventado, pero con la que logró expresar dos cosas de manera muy acertada: el aislamiento impenetrable que la esfera soviética quería imponer y -a través del término "de hierro"- la dureza que este implicaba para la gente. Lo que Churchill probablemente no asociaba con esta imagen fue la reversibilidad que implica el concepto de cortina. Al igual que se puede bajar, también es posible subirla, correrla hacia un lado o horadarla con un alicate. Respecto a los acontecimientos del año 1989, había menos imaginación en cuanto a los términos que los describen. La "revolución de terciopelo" casi suena sugestiva en comparación con el término sobrio "caída del Muro". Sin embargo, esto no es muy sorprendente, considerando que este pétreo monumento de espíritu pérfido superó con su existencia real por lejos cada intento de metaforizarlo.

Aunque el Muro se edificó en Alemania y se dirigió en contra de los alemanes, no sólo era símbolo de la división de un país. A la vez representaba la división igualmente dolorosa de todo un continente y la división ideológica a nivel mundial. Por lo tanto, cuando Ronald Reagan en 1987 apeló a Mijaíl Gorbachov "iTear this wall down!", su perspectiva no se limitaba a Alemania, pues se dirigió a aquella persona que era capaz de librar las partes oprimidas de Alemania y de Europa de este abrazo de hierro.

Por lo tanto, no sólo el Muro, sino también su caída tiene tres dimensiones: la dimensión alemana, la dimensión europea y la dimensión internacional. La caída del Muro fue un catalizador para la reunificación de Alemania y para la reunificación de Europa e hizo derrumbar el orden mundial bipolar, lo que puso término a la era de la Guerra Fría. Sin embargo, la caída del Muro no sólo representa el fin de los antagonismos de la posguerra. El año 1989 simboliza los inicios de tres objetivos centrales: la democracia, la unidad de Europa y la mejora de las

condiciones económicas. En Alemania, estos objetivos se alcanzaron relativamente rápido para los ciudadanos de los nuevos Estados federales. Para los anteriores países socialistas, en cambio, fue un camino ostensiblemente más largo y esforzado, especialmente el camino hacia la Unión Europea. En este marco, la UE fue vista como un punto de cristalización para todos estos objetivos. Ella simbolizaba la democracia, la prosperidad y encerraba el aspecto importante de la identidad europea. El "retorno a Europa", deseo y exigencia a la vez, inmediatamente llegó a ser el motivo que acompañó al movimiento de la liberación. Después de que durante décadas la Unión Soviética había suprimido la creación de una identidad, en el nivel que fuera, el fin de la dominación soviética significó el retorno a la búsqueda de la identidad. La identidad se convirtió en un término clave respecto al vacío que se había generado de súbito en relación a la pertenencia.

Renuncia a la Europa Central

El fin de la división de Europa abrió nuevas perspectivas para la búsqueda de identidad cultural y política. En los años 80, los intelectuales redescubrieron la idea de una Europa Central, en la que se manifestaba tanto el posicionamiento de una afinidad cultural, espiritual y regional como un nuevo "espacio de reflexión" (Karl Schlögel) más allá del internacionalismo impuesto por los soviéticos. Además, se cristalizaba en ella una expresión política, que criticaba el sistema y se diferenciaba del socialismo. Los intelectuales, en su gran mayoría checos y húngaros, que fueron determinantes en el debate acerca de la Europa

Central –Milan Kundera, György Konrád y Vaclav Havel– también vinculaban sus ideas cívico-sociales y "antipolíticas" a la idea de la Europa Central. La Europa Central además fue un intento de superar la antitesis del Oriente y del Occidente, a pesar de que en el autoposicionamiento existían matices. Kundera sostuvo, de que si bien los países de la Europa Central habían sido incorporados forzosamente a la esfera del poder soviético, culturalmente siempre se habían sentido pertenecientes a Occidente. La Europa Central, según él, sería un Occidente secuestrado por la catástrofe de Yalta, expulsado y sometido a un lavado de cerebro, pero que, a pesar de todo, se empeñaba en defender su libertad (en: "Un Occidente secuestrado o la tragedia de Europa Central").

Konrád y Havel, por su lado, veían la Europa Central delimitada de Occidente y de Oriente. En esta posición, a la simbología centroeuropea se unieron -más allá de la proyección espiritual y cultural- deseos de neutralidad respecto a la política de seguridad, la idea de la ausencia de bloques y una política de seguridad europea pacifista. György Konrád sostuvo de que si su país realmente buscara sus intereses de seguridad, no debería pertenecer a ninguna alianza militar (en: "Anti-Politics: An Essay"). Él se imaginaba un estatus neutro, tal y como es el caso de Finlandia o Austria. Este afán de neutralidad también determinó el pensar de los disidentes checos alrededor de Vaclav Havel. Él veía Europa Central –en contraste a Kundera– como región que se diferenciaba tanto del individualismo occidental como del colectivismo oriental, una región con valores absolutamente propios, lo que se manifestó durante el inicio de su período como presidente de Estado en su propuesta a favor de una elimina-

ción de los bloques y de un sistema de seguridad europeo independiente de ellos (véase por ejemplo su discurso ante el *Sejm* polaco del 25 de enero de 1990). Sin embargo, después de poco tiempo Havel se alejó de esta imagen tricótoma de Europa. Así, en un ensayo posterior con el título significativo de *Die Suche nach einem neuen europäischen Zuhause* (La búsqueda de un nuevo lugar para Europa, en: "Meditaciones estivales") afirmó que los checos ya no querían ser satélite de nadie, pero que a la vez tampoco querían flotar en un vacío y creerse autosuficientes. A continuación, sostuvo, que menos aún querían ser un extraño tipo de zona tapón o tierra de nadie entre los países de la ex Unión Soviética –envueltos en un violento proceso de cambio– y la Europa Occidental democrática.

Tanto el renacer de la identidad centroeuropea como el concepto de la neutralidad fueron sustituidos por una nueva perspectiva, que también prometió el posicionamiento cultural y político: la Comunidad Europea. Con el acercamiento a la CE –lo que rápidamente se transformó en el deseo de pertenecer a ella– se logró el anhelado regreso a Europa, tanto cultural como políticamente. Con el derrumbe de la Unión Soviética, la hipótesis de una Europa Central neutra o también de una Europa neutra perdió definitivamente su atractivo. Ahora dominaba el afán de una membresía en la CE, así como el deseo de seguridad en la OTAN.

La perspectiva europea

La CE rápidamente obtuvo un rol clave en el diseño posterior de los procesos desatados en el *Annus Mirabilis* 1989. De esta manera, la

integración europea de una Alemania reunificada, que especialmente a Francia y Gran Bretaña parecía demasiado grande y poderosa, resultó ser el único camino para eliminar los temores de que Alemania volvería a tomar un camino aparte. Una integración profunda de la CE debía asegurar la colocación de límites a Alemania, como ya anteriormente había sido el objetivo de la fundación de la CECA. Si bien el Presidente de la Comisión Jacques Delors ya antes del 1989 había desarrollado la idea de una Unión Económica y Monetaria (UEM), su realización ganó significado adicional a través de la profundización de la integración europea, que era vista como algo prioritario en relación al caso alemán. François Mitterrand colocó como condición a la aprobación de la reunificación alemana un aceleramiento de la profundización de la integración europea. En 1990, se establecieron las Conferencias Intergubernamentales en relación a la UEM y a la Unión Política. Con eso, la perspectiva de una adhesión rápida para los países de la Europa Centrorientales perdió prioridad en la agenda política. La CE estaba muy conciente de su responsabilidad y de las altas expectativas de los países. Puso a disposición un amplio paquete de medidas que consistía en el apoyo financiero y en el acompañamiento de los procesos de reforma económicos y políticos. Se crearon nuevos programas (como PHARE), instituciones (como el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo) y amplios acuerdos de asociación (Acuerdo Europeo). Sin embargo, recién en 1993 se abrió una perspectiva de adhesión, tras el término de la reunificación de Alemania y la integración de los cinco nuevos Estados federales, el establecimiento de la Unión Económica y Monetaria, la ratificación del Tratado de Maastricht y la conclusión del proceso paralelo de ampliación por

el norte. A partir de 1998 se iniciaron las negociaciones con los diez Estados de la Europa Centrorienta, que se adhirieron junto a Chipre y Malta hasta el año 2007. Sin referirse a los detalles, que en otras publicaciones ya se describieron suficientemente y que por cierto incluyen debilidades, problemas y errores de la CE/UE, la retrospectiva de los últimos veinte años deja constatar dos evaluaciones centrales:

Por un lado está el hecho de que las tareas, que resultaron para la CE de los acontecimientos del año 1989, representaron el desafío más grande de su existencia hasta el momento. La ampliación oriental –tanto en la dimensión cuantitativa como en la dimensión cualitativa de la adhesión de estos diez países– no tenía precedentes. La CE no disponía de un *grand design* para la reunificación de Europa al momento de la caída del Muro. En 1989, probablemente pocos se imaginaban las formas concretas de una Europa unida y menos aún la dimensión temporal. Con buena razón se habla de un proceso *step-by-step* de la UE, del desarrollo incremental y frecuentemente no lineal de una estrategia para la ampliación oriental; muchas veces incluso se habla de la falta de una estrategia. Sin embargo, esto no se aplica a un elemento, o mejor dicho al elemento principal de la política de ampliación europea: la condicionalidad política. La vinculación de la adhesión al cumplimiento de criterios políticos, tal y como se estableció en los criterios de Copenhague en 1993, fue constituyente en la ampliación por el sur y ya se había aplicado desde los años 60 (informe Birkelbach), por ejemplo en el caso de la solicitud de adhesión de Franco. La CE exigió ciertos estándares democráticos, que seguía diferenciando en el curso de las negociaciones. Al contrario de los criterios económicos, en

cuyo cumplimiento se concedía más flexibilidad, los criterios políticos representaban requisitos imprescindibles para la adhesión. El fomento europeo de la democracia se caracteriza por ofrecer un incentivo, pero también un marco sustentable para la democratización y a la vez apoyar los procesos de reforma no sólo respecto a su contenido, sino también de forma financiera y técnica.

En segundo lugar, este paradigma europeo de la integración y de la democratización contribuyó también a que la ampliación oriental llegara a ser una historia de éxitos, que es incuestionable hoy en día, al igual que antes lo fue la ampliación por el sur. Las dos rondas de ampliación, en las que se integraron ex dictaduras, demuestran la atracción de la CE como centro de gravitación para aquellas sociedades, que deseaban adoptar el modelo político, económico y social que representa. Siempre ha sido falso reducir la CE a sus aspectos económicos, pero especialmente después de 1989 quedó en evidencia, que tan grande es la atracción de la Europa cultural y espiritual, de la Europa de tradiciones históricas comunes, pero también de la Europa de un sistema valórico democrático. El ejemplo de la eficaz consolidación de Europa del Sur, acompañada y apoyada por la CE, complementaba esta percepción de la integración como marco para una democratización y transformación exitosas. Una situación similar se da tras la ampliación oriental en vista a los Balcanes Occidentales, Ucrania, Georgia y otros países en proceso de transformación.

A pesar de todas las debilidades incuestionables de la UE en otras áreas de la política exterior, el fomento y la consolidación de la democracia, así como la estabilización que los acompaña,

resultaron un campo exitoso de la política exterior europea. En su esfera de influencia, la UE es un exportador relevante de estándares y valores democráticos y del Estado de derecho. Y esto también implica un aspecto importante de la identidad europea: la identidad como comunidad democrática y solidaria de valores. Lamentablemente, se desaprovechó acentuar más este perfil y también de convertirlo en un punto de referencia para los ciudadanos europeos en los años que siguieron a la ampliación oriental.

György Konrád apeló, en sus reflexiones acerca de la "antipolítica", a la CE –que entonces era conformada por la Europa Occidental– si quería ayudar a la Europa Centroriental, debería fortalecer la identidad europea y fomentar la idea según la cual Europa es el sujeto de su propio destino, un sujeto con una estrategia autónoma y un perfil autónomo. Es posible reflejar esto en la Europa reunificada: si Europa quiere ayudarse a sí mismo, la clave está en la propuesta de Konrád. Queda por añadir que su estrategia y su perfil requieren de una presencia interna y externa más visible. El hecho de que semejante perfil es algo necesario, que los ciudadanos europeos desean y que también los socios esperan, se debe a la tercera dimensión implicada por la caída del Muro. El Muro –como línea de división ideológica a nivel mundial– había cementado durante décadas una estructura binómica claramente reconocible y con eso había ofrecido puntos simples de orientación: libertad versus opresión, democracia versus dictadura, economía de mercado versus estatismo, pluralismo versus uniformidad obligada. Las certezas que produjo la asignación a uno u otro bando, se perforaron o se derrumbaron bruscamente, al igual que el mismo Muro. Los puntos de referencia para la

identificación habían desaparecido o se habían desplazado y requerían ser determinados en un nuevo sistema de coordenadas de la política global que todavía estaba por definirse.

La búsqueda de un nuevo orden global

Todos los actores de la política global tenían que encontrar y definir su rol en una situación post Guerra Fría sumamente confusa e insegura. Los políticos y los científicos políticos iniciaron la búsqueda por un nuevo orden mundial e intentaron pronosticar e identificar nuevas estructuras. En este ensayo no es posible esbozar todos estos modelos y propuestas. Sobre todo, hay que preguntarse si ya existe este nuevo orden mundial o si la búsqueda aún continúa. Si bien parece acertada la constatación de que el mundo es multipolar, la pregunta es: ¿cuáles son exactamente los polos que lo constituyen? ¿En base a qué criterios se ponderan? y ¿cómo se ponderan? No sólo son la enorme dinámica de China y la recaída de Rusia en la autocracia, las que dificultan la determinación. Los parámetros también se han vuelto más fluidos. Debido a la situación climática, la importancia de países emergentes, tales como India o Brasil, es evaluada nuevamente. Desde el punto de vista de la seguridad energética, por otro lado, son otros los actores principales y en el curso de la crisis financiera global, países que eran vistos como fortalezas de la política económica clara y continua, en poco tiempo arrojaron por la borda dogmas que parecían fijos, como en el caso de EE.UU. La única línea de demarcación clara y fácilmente reconocible se debe a otro fenómeno del período post 1989: el terrorismo

fundamentalista islámico. Dividir nuevamente el mundo de manera dicótoma en un "eje del mal" y en sus adversarios, tal y como lo hizo George W. Bush, también fue un intento de llenar la vacía trampa del maniqueísmo y de la conciencia misionera (Detlev Junker), de regresar a un claro esquema de blanco y negro. El tiempo dejó en evidencia que este intento fue un callejón sin salida.

Nuevamente: la caída del Muro no sólo concluyó un período, sino también estableció puntos de partida, tales como la ola de democratización que se abrió camino, así como el nuevo *desorden* mundial y también la inseguridad que lo acompañaba. Para la UE, la búsqueda de su rol en esta situación fue sin embargo más difícil que para otros actores globales, ya que implicaba en todo sentido más responsabilidad política y la creación de un perfil mucho más claro. Por otro lado, la UE logró la estabilización de toda la región, con excepción de los Balcanes Occidentales. Por lo menos, no existe un actor global que después de 1989 haya logrado el fomento de la democracia y con eso la estabilización de manera más exitosa.

Esto es adicionalmente destacado por el desarrollo –por cierto ambivalente– de la dinámica de la democratización. Sin bien la afirmación del fin de la historia se descartó rápidamente, la mayoría de los políticos y también de los *spin doctors* no querían seguir a esta teleología. Aún así, la certeza de una difusión de la democracia como forma de gobierno a nivel mundial fue grande. Sin embargo, pronto la euforia acerca de la victoria de la democracia fue reemplazada por la evidencia de que los procesos de democratización post-socialistas llegaron a resultados bien

distintos. En la comparación global, los Estados de la Europa Centrorientales aparecen como las democracias más estables, mientras que el regreso a la autocracia y los procesos de consolidación precarios o paralizados en la Europa Oriental y Asia Central evidencian que sostener la democracia muchas veces es una tarea igualmente difícil que su establecimiento (Andreas Schedler). Últimamente, se presentan nuevos desafíos para la democracia, que surgen de partes del mundo absolutamente distintos. Por un lado, hay el intento de hacer pasar las prácticas populistas de legitimación por la "mejor" democracia o de cuestionar la capacidad –especialmente económica– de las democracias en vista a las enormes tasas de crecimiento en países no democráticos. Y en último lugar, el terrorismo, que hizo que se desbalanceara el equilibrio entre la libertad y la seguridad en diversos países.

La liberación de la "cama de Procusto" que fue la cortina de hierro, tal y como la había deseado György Konrád y como la simbolizó la caída del Muro en 1989, trajo la democracia a los alemanes y europeos detrás de esta cortina. Sin embargo, sostener la democracia no es fácil. Esto han demostrado los últimos veinte años y también lo evidencia la mirada más allá de Europa.

Después de 1989

Veinte años de la reconstrucción de Alemania del Este: logros y fracasos

Joachim Ragnitz

La RDA no alcanzó a gestionar una reforma económica. En lugar de eso, dentro de sólo pocos meses desapareció el orden económico completo. El proceso de recuperación se ha estancado desde el año 1995.

La “revolución pacífica” de la RDA no sólo fue una protesta contra el sistema político existente. Una de las razones determinantes de que las protestas –que inicialmente se habían limitado a algunos grupos que reclamaban la manipulación de las elecciones comunales del 7 de mayo de 1989– en medio año llegaran a formar un movimiento masivo, fue la insatisfacción generalizada con las condiciones económicas. El desabastecimiento, no sólo respecto a departamentos o vehículos motorizados, sino incluso de productos cotidianos como por ejemplo café o ropa de moda, era un problema recurrente. El estado desastroso de la infraestructura, de vivienda y del medio ambiente era obvio para todos y ya tampoco se podía ignorar el desgaste de las capacidades productivas.

El gobierno de la RDA estaba muy consciente de esta situación. La Comisión de Planificación estatal constató en un informe interno en octubre de 1989 que la RDA hace tiempo vivía por encima de sus posibilidades y que estaba cerca de la bancarrota. El informe llegó a la conclusión drástica de que con tan sólo frenar el endeudamiento habría significado una disminución del estándar de vida entre 25 y 30% para el año 1990 y que habría causado la ingobernabilidad de la RDA. En el informe se determinó correctamente que la causa principal de esta situación eran los déficit de la economía de planificación centralizada y se exigieron reformas fundamentales, sobre todo una descentralización más fuerte de las decisiones económicas y el aprovechamiento de incentivos de beneficios a nivel empresarial. En la parte clave del informe de la Comisión de Planificación se afirma la necesidad de desarrollar una economía de planificación socialista que se oriente a las condiciones del mercado, y al mismo tiempo una optimización del centralismo democrático, para que cada problema se resuelva en el lugar donde

se encuentre la mejor capacidad requerida para su decisión. Sin embargo, ya no se alcanzó a gestionar semejante reforma fundamental, pues en pocos meses no sólo se disolvió el gobierno, sino también el sistema político, el orden económico existente y finalmente el Estado entero. Tras tan sólo un año de las protestas masivas del año 1989, Alemania estaba reunificada.

La RDA en este momento había llegado a su fin desde el punto de vista económico. Además, tras la apertura de las fronteras, las empresas, protegidas hasta este momento, tenían que enfrentarse a la competencia internacional. Por lo tanto, no fue la introducción de la economía de mercado ni fueron las condiciones de la reunificación la razón para que dentro de poco tiempo tras la caída del muro de Berlín gran parte de las empresas existentes quebraran. Seguramente se cometieron errores en algunas partes, debido a la falta de experiencia para transformar a una economía de planificación centralizada en una economía de mercado, por ejemplo en la determinación –políticamente motivada– del tipo de cambio entre el marco de la RDA y el marco alemán, en la adopción de gran parte de la legislación occidental por el Este o en el establecimiento del principio “devolución ante indemnización” en la reprivatización de la propiedad expropiada.

Sin embargo, el derrumbe de la economía de la RDA tampoco podría haber sido evitado en caso de que no se hubiesen cometido errores. Frente a la idealización, sobre todo de la población mayor de la ex RDA, no se puede destacar suficientemente este hecho. Si bien todavía existen muchos problemas en el este de Alemania, el desarrollo económico desde

la reunificación generalmente puede ser visto como una historia de éxitos. A pesar de toda la crítica, esto es reconocido por la gran mayoría de la población de Alemania del Este. Son pocos los que exigen la vuelta al socialismo.

Sin embargo, el derrumbe de la economía inmediatamente después de la reunificación fue doloroso. Según estimaciones, el rendimiento económico en el este de Alemania en la primavera de 1991 fue alrededor de un 35% más bajo que el año anterior. Sin embargo, ya durante el mismo año 1991 se inició un proceso rápido de recuperación. Con la fundación de nuevas empresas, la construcción de instalaciones modernas de producción por inversionistas externos y el saneamiento y la privatización de empresas de la ex RDA, el producto interior bruto (deflactado) incrementó en un 50% en total en el período 1991-1995 (véase cuadro 1). El crecimiento se sustentó sobre todo en la industria de la construcción, que se benefició de la alta demanda acumulada en el área de la infraestructura vial y en el sector de vivienda. En la industria, por otro lado, el auge se produjo de forma desfasada, ya que la construcción de nuevas capacidades de producción demandaba más tiempo.

Contrario fue el desarrollo en el mercado laboral. Debido al hecho de que en las nuevas y más modernas instalaciones de producción se requería de mucho menos trabajadores que antes, la cifra de los trabajadores con empleo se redujo de manera drástica, mientras que el desempleo se incrementó en forma masiva. A esto se sumaba por un lado una política de sueldos no orientada en la eficiencia de las empresas y por otro lado la reducción necesaria de personal en áreas relacionadas al sistema, tales como la policía, las

fuerzas armadas y la seguridad del Estado. Ya en 1992, la cuota de desempleo en los nuevos Estados federales, a pesar de todas las contra-medidas de la política del mercado laboral, fue de alrededor del 15%. Si a esta cifra se suma el así llamado desempleo encubierto, por ejemplo, aquellos trabajadores involucrados en medidas de fomento de empleo o de perfeccionamiento profesional, incluso un tercio de la población activa estaba sin ocupación regular. A pesar de algunos logros en la disminución del desempleo, esta situación no cambió fundamentalmente hasta el año 1995.

Desde el año 1995, la reconstrucción de Alemania del Este ha continuado sólo con un ritmo más pausado. El crecimiento anual promedio del producto interior bruto (deflactado) entre 1995 y 2008 fue de sólo 1,6%. La producción total de la economía al final de este período fue un 23% más alta que a mediados de los años 90. La razón para este débil crecimiento fue por un lado el saneamiento estructural que se había iniciado en la industria de la construcción. Las capacidades de producción que se habían construido al principio sufrían de infrautilización debido a la disminución de la demanda. Otro factor fue la merma de las inversiones de las empresas exteriores en los nuevos Estados federales tras la finalización de las privatizaciones llevadas a cabo por el fideicomiso privatizador de Alemania Oriental (Treuhandanstalt). Por las mismas razones, tampoco mejoró significativamente la situación ocupacional. Si bien la cuota de subempleo, que muestra el déficit de empleo real en el primer mercado laboral, bajó a 16% en el año 2008, en una situación de oferta de trabajo decreciente, la cuota de desempleo, con 13%, sigue siendo el doble de la cuota de Alemania Occidental.



Fuente: Arbeitskreis VGR der Länder (cifras básicas); cálculos del autor (Ragnitz).

Sin embargo, la industria ha seguido desarrollándose positivamente en los años pasados. El nivel de producción en este área económica fue en el año 2008 de aproximadamente dos y medio veces más alto que en el año 1995. En este sector incluso se han creado nuevos puestos de trabajo en los años pasados. Sobre todo en los sectores "nuevos" como la fotovoltaica o la industria optoelectrónica se han creado núcleos competitivos del desarrollo económico, que también le conceden cada vez más impulsos al desarrollo económico regional. De este modo, ciudades como Dresde y Jena –emplazamientos importantes de estos sectores- pueden lograr ganancias migratorias contrarias a la tendencia general de Alemania del Este. Esto, por su parte, lleva a perspectivas de crecimiento positivas para la economía local.

Desde el principio, la política ha tenido un rol importante en la reconstrucción de Alemania del Este. Aparte de la renovación y de la ampliación

de la infraestructura (especialmente en el sector vial) se fomentaron las inversiones privadas con altos gastos financieros. Se proporcionó capital para los creadores de actividades independientes y se apoyó la modernización de la gama de productos de las empresas existentes, sobre todo mediante ayudas para la investigación y el desarrollo. Además, los nuevos Estados federales desde el principio han sido incluidos equitativamente en los sistemas de seguridad social. Esto acarreó altos gastos, sobre todo para los seguros de desempleo y de previsión.

Debido al alto desempleo, que tenía como consecuencia escasos ingresos por contribuciones, las prestaciones de los sistemas sociales sólo podían ser recaudadas a través de pagos compensatorios de las divisiones de estos seguros en Alemania Occidental o a través del presupuesto estatal. A esto se sumaban pagos en el marco de la compensación financiera estatal para compensar los escasos ingresos tributarios. Estos pagos de transferencia para los nuevos Estados federales (excepto Berlín) ascendían según estimaciones casi a 900 mil millones de euro (neto) en el período entre 1991 y 2005, de los que la mayor parte corresponde a gastos sociales. Actualmente, todavía alrededor de un quinto de la demanda interior de Alemania del Este (consumo público y privado más inversiones) es financiado por recursos provenientes del Occidente de Alemania. Esto demuestra que al desarrollo económico en Alemania del Este le falta mucho para poder considerarse como "autosustentable".

En muchas partes de Alemania del Este existe descontento con la situación económica. Las razones para ello son también las diferencias salariales en comparación con el Occidente, que

siguen vigentes, y las oportunidades de formación que se perciben como malas. De ahí que muchas personas en Alemania del Este sienten que son tratadas de manera injusta y como "ciudadanos de segunda clase". En parte, es comprensible, ya que el producto interior bruto per cápita en los nuevos Estados federales sigue siendo de sólo 68% y la productividad laboral de tan sólo 77% del valor promedio en Alemania Occidental (ambas cifras sin Berlín).

Sin embargo, esta situación se debe sobre todo a las distintas estructuras económicas en Alemania Oriental y Occidental. En los nuevos Estados federales apenas hay empresas grandes, la mayoría de las empresas son de un tamaño muy pequeño y por lo tanto son difícilmente capaces de pagar sueldos más altos. Además, hay una falta de sedes centrales de empresas que se desenvuelvan en rubros con un nivel de salarios altos, como por ejemplo la investigación y el desarrollo. Finalmente, la industria y el sector de servicios cercano a las empresas –sectores que típicamente ofrecen perspectivas positivas de ingresos para las personas– tienen menos presencia que en el Occidente. En cambio, son mucho más frecuentes los servicios relacionados a los hogares, en los que generalmente se pagan sueldos bajos. Y finalmente el alto desempleo no sólo es consecuencia de una falta de puestos de trabajo, es decir, de una deficiente demanda de trabajo, sino se debe también en parte a que en los nuevos Estados federales hay tradicionalmente una alta participación en el mercado laboral, es decir, existe una mayor oferta de trabajo.

Para lograr una compensación, harían falta condiciones institucionales en Alemania del Este que permitieran una mayor intensidad laboral

en la producción, lo que precisamente no es el caso. Por lo tanto, la supuesta discriminación del este es en buena parte consecuencia de los déficit estructurales que son efectos tardíos de la división de Alemania. Y finalmente: si bien es cierto que los ingresos líquidos per cápita son sólo de alrededor del 78% del nivel occidental, hay que tomar en cuenta que el nivel general de precios en los nuevos Estados federales sigue siendo un poco más bajo (sobre todo debido a los arriendos más económicos), de modo que los ingresos reales de hecho ya se han asimilado en gran parte.

No obstante, no se puede ignorar que la reconstrucción de Alemania del Este ha avanzado sólo pausadamente en los años pasados y que tampoco en el futuro es de esperar una mejora significativa de la situación. La razón para ello son sobre todo los desafíos resultantes del desarrollo demográfico. Desde el año 1989 hasta hoy, la población en los Estados federales del Oriente, que se caracterizan por una baja densidad de la población, se redujo alrededor de 14%. Todos los pronósticos aluden a que este proceso seguirá agravándose también en el futuro. Para el año 2020, se espera que la población se habrá reducido nuevamente en un 10%. La razón por ello no es sólo el éxodo de las personas más jóvenes y altamente calificadas, sino en mayor medida la caída violenta de la natalidad tras la reunificación.

La disminución y a la vez el envejecimiento de la población hacen cada vez más difícil que se logre un alto crecimiento económico, debido a que implican una falta adicional de trabajadores calificados. Especialmente las regiones económicamente poco atractivas y periféricas

de los nuevos Estados federales deberían verse afectadas por esta situación. Por otro lado, los centros de aglomeración de Alemania del Este, por ejemplo los alrededores de Berlín, Dresde o también Jena, muestran en parte buenas perspectivas de futuro. Por lo tanto, al parecer no sólo hay que acostumbrarse a la idea de que Alemania del Este seguirá siendo permanentemente una región estructuralmente débil dentro de Alemania, sino también de que las diferencias regionales en los nuevos Estados federales se acrecentarán de manera fuerte en el futuro. Por lo mismo, la política tendrá que resolver la tarea de cómo apoyar la reconstrucción de Alemania del Este mediante conceptos especiales.



La caída del Muro de Berlín: un momento estelar*

La unificación alemana terminó con la división europea provocada por Hitler y Stalin, con consecuencias que hoy se observan en los valores y el sistema de partidos.

Carlos Huneeus

Nunca antes una conferencia de prensa había tenido consecuencias políticas tan importantes como la realizada al final de la tarde del 9 de noviembre de 1989 en Berlín oriental, cuando un funcionario de la oficina de prensa del Gobierno de la República Democrática Alemana (RDA), Günter Schabowski –sin estar debidamente informado de los pormenores de la decisión previamente acordada por el Comité Central del Partido Comunista–, anunció la eliminación de la exigencia del pasaporte y de la visa para los ciudadanos de ese país que quisieran visitar la República Federal de Alemania (RFA).¹ Enseguida, fue sorprendido por dos preguntas inesperadas. La primera, del italiano Riccardo Ehrman: desde cuándo regiría la nueva disposición; la respuesta fue que era “de efecto inmediato”. Como aludió a la RFA, el periodista alemán occidental Peter Brinkmann, del diario *Bild*, consultó si también

incluía a Berlín Occidental, separada por un muro desde 1961 y con un estatus internacional especial, con soldados de la Unión Soviética en los pasos fronterizos. La respuesta fue “sí”.

Su difusión por las agencias internacionales y por los medios de comunicación alemanes en los noticiarios de esa noche llevó a miles de alemanes orientales a cruzar en las horas siguientes a Berlín Occidental, produciendo de hecho la destrucción política del Muro, seguida después por su destrucción física. Este había significado no solo la división de Alemania, sino también la de Europa, separando los países comunistas y las democracias por una “cortina de hierro”, como dijo Winston Churchill.

La caída del Muro estremeció al régimen comunista de la RDA y provocó una explosión de

* Originalmente publicado en Revista Mensaje Nº 583, Santiago de Chile, noviembre de 2009.

1 Solo uno de cada cuatro alemanes orientales tenía pasaporte y la visa demoraba, en promedio, cuatro semanas.

demandas de democratización, así como la emigración masiva a la RFA de alemanes orientales, especialmente jóvenes. De las exigencias iniciales de participación política ("wir sind das Volk", "somos el pueblo"), pronto avanzaron a las de unidad nacional ("wir sind ein Volk", "somos un pueblo"). En ese clima, las autoridades no midieron la fuerza de la movilización generalizada que se produjo y creyeron que podrían mantener el control del país con los mecanismos tradicionales de coerción, mediante las fuerzas de seguridad y los militares. Tampoco observaron los profundos cambios producidos en Polonia y Hungría –que habían avanzado decididamente hacia una democracia parlamentaria– ni las transformaciones registradas desde 1985 en la Unión Soviética bajo la presidencia de Mijail Gorbachov, el secretario general de Partido Comunista que impulsó una política de liberalización, la *perestroika*, con relaciones más estrechas con Europa occidental y Estados Unidos, y con el reconocimiento de la autonomía de los países de Europa del Este. Esa falta de análisis explica su pasividad ante los cambios europeos de la segunda mitad de los años '80, en una actitud muy diferente a la que tuvieron frente a las expresiones ciudadanas en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, que fueron violentamente detenidas por una intervención militar soviética.

Antes del primer aniversario de la caída del Muro, Alemania celebraba la unificación el 3 de octubre de 1990, en un acto frente al Reichstag,

en Berlín, con presencia de las principales personalidades de los partidos, ninguna de las cuales jamás había imaginado ver ese acontecimiento político.

Una caída imprevista

La caída del Muro sorprendió a analistas y a políticos alemanes², convencidos de las fortalezas políticas y económicas de la RDA. Exactamente un mes antes, el 9 de octubre, bajo la presidencia de Erich Honecker, el partido único, SED, había conmemorado sus cuarenta años de vida y sus altos dirigentes se vanagloriaban de haber alcanzado el socialismo y el desarrollo.

Hubo actos de masas para celebrar este hecho, destinados a mostrar que el régimen tenía un amplio apoyo popular y a restar importancia a las manifestaciones de protesta realizadas el mes anterior en la ciudad de Leipzig, cuando miles de personas exigieron derechos políticos, convocadas por pastores de la iglesia evangélica y algunos intelectuales. En los actos oficiales participó Gorbachov, quien, viendo el contraste entre las expectativas de los alemanes orientales y la indiferencia de los dirigentes, afirmó que "quien llega muy tarde, es castigado por la vida". Pero fueron palabras ignoradas por Honecker.³

Después del 9 de octubre, las expresiones públicas a favor de la libertad se expandieron a

2 A mediados de 1989 se publicó un libro con artículos de los principales politólogos y economistas alemanes occidentales expertos en la RDA, sin que ninguno predijera que esta se desplomaría ese mismo año.

3 Garton Ash, Timothy: *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent*. Londres, Vintage, 1993, p. 344.

otras ciudades –en Leipzig se realizaban cada lunes–, creciendo en todo el país una protesta civil, como una ola difícil de contener pacíficamente.⁴

Las autoridades de la RFA no previeron la caída del Muro. El canciller federal Helmut Kohl (Unión Demócrata Cristiana, CDU, 1982-1998) recibió la noticia en Polonia, durante una cena que le daba el Primer Ministro de ese país. Suspendió su visita oficial y regresó de inmediato a Alemania. Su Gobierno miró con cautela el desarrollo de los hechos, sin todavía plantearse la unificación porque ello requería superar difíciles condiciones internacionales, comenzando con lograr el acuerdo de la Unión Soviética. Había una gran desconfianza en los gobernantes de Europa Occidental –con la excepción de España– acerca de una Alemania unida, temiéndose el resurgimiento del nacionalismo y de las tendencias expansionistas que condujeron a las dos guerras mundiales del siglo XX. Kohl recordaba que los primeros llamados telefónicos de felicitación que recibió por la caída del Muro no fueron de los demócratacristianos de Italia, Bélgica y Holanda, ni tampoco del Presidente o Primer Ministro de Francia, sino del jefe del Gobierno de España, Felipe González (Partido Socialista Obrero Español, PSOE), quien le manifestó pleno apoyo a la

unificación.⁵ El mandatario de Francia, Francois Mitterrand, socialista, había expresado que quería tanto a los alemanes que prefería que hubieran dos Estados; por eso visitó la RDA en noviembre de ese año, convencido de que su Gobierno comunista daría estabilidad al país con reformas políticas. La primera ministra conservadora de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, no escondía su desconfianza hacia los alemanes y su escasa simpatía hacia Kohl, la que era correspondida por este.

El Canciller alemán improvisó una respuesta política a esta nueva situación ante el Bundestag el 28 de noviembre –un plan de doce puntos–, sin plantear la unificación, sino un Estado confederado. Su asesor internacional, Horst Teltschik, cuenta que en esos días Kohl veía que la unidad se alcanzaría en un plazo de entre cinco y diez años.⁶ Incluso en mayo de 1990, cuando el presidente estadounidense George Bush visitó Alemania, las autoridades germanas no veían cercana esa posibilidad, siendo alentados por los norteamericanos a buscarla de manera decidida.⁷ Solo cuando Kohl visitó Moscú en julio de 1990, sosteniendo intensas conversaciones con Gorbachov en su casa de veraneo en el Cáucaso –continuadas luego en la visita de este a Bonn algunas semanas después–, vio que la unidad

4 Maier, Charles S., "Civil Resistance and Civil Society: Lessons from the Collapse of the German Democratic Republic in 1989", en Adam Roberts y Timothy Garton Ash (eds.), *Civil Resistance and Power Politics: The Experience of Non-violent Action from Gandhi to the Present*, Oxford University Press, 2009, pp. 260-276.

5 En la audiencia que –en un gesto de amistad hacia el presidente Patricio Aylwin– me dio cuando llegué a Alemania como embajador de Chile, el canciller Helmut Kohl se explayó muy críticamente acerca de la situación de los partidos DC de Europa, especialmente el de España, que consideró como una "vergüenza" (Schande), afirmando que si él fuera español, habría votado por Felipe González.

6 Teltschik, Horst: *329 Tage. Innenansichten der Einigung*. Berlín, Siedler Verlag, 1991, p. 52.

7 Zelikow, Philip y Rice, Condoleezza: *Germany Unified and Europe Transformed. A Study in Statecraft*. Cambridge: Harvard University Press, 1995, p. 31.

era posible porque la Unión Soviética estaba de acuerdo.

El Canciller observó entonces espacio para actuar y lo aprovechó en forma brillante. Interpretó la aspiración de la población de la RDA y logró el apoyo de los Gobiernos estadounidense y europeos, asegurando desde un principio que la unidad de Alemania implicaba superar la división de Europa y que su país profundizaría su integración a esta, incluyendo la pertenencia a la alianza atlántica.

***Ostpolitik*, visión Estratégica de Willy Brandt**

La caída del Muro de Berlín no fue un desenlace fortuito ni un accidente en el desarrollo de las relaciones entre la RDA y la RFA. Se explica en buena medida en la continuidad de la política exterior de este último país, conocida como *Ostpolitik*, iniciada por el canciller federal Willy Brandt (Partido Socialdemócrata, SPD, 1969-1974) y continuada por sus sucesores, Helmut Schmidt (SPD, 1974-1982) y Helmut Kohl. Buscaba establecer nuevas relaciones con la Unión Soviética, la RDA y Polonia, más allá de las diferencias ideológicas y la responsabilidad de la Unión Soviética en la división de Alemania.

Brandt estaba convencido de que la unidad se alcanzaría con el esfuerzo de los alemanes y con el acuerdo con la Unión Soviética y no de la mano de los Estados Unidos. Llegó a este convencimiento debido a la pasividad mostrada por el Gobierno de John F. Kennedy al levantarse el Muro, en agosto de 1961, cuando él era el alcalde de Berlín. Esta política fue resumida en

pocas palabras por Egon Bahr, su principal asesor en política exterior: *Wandel durch Annäherung* ("Cambio a través del acercamiento"), que significaba crear relaciones de interdependencia que, al final, permitieron que la Unión Soviética cediera a la demanda alemana.

Respecto de la RDA, la *Ostpolitik* implicó, entre otras cosas, atender al drama humano constituido por la separación forzosa de miles de familias, haciendo posible que se pudieran visitar al menos por unas horas. También abarcó acuerdos culturales y económicos, con el otorgamiento de enormes créditos para apoyar el desarrollo de su economía. Ello tuvo costos políticos para el Partido Socialdemócrata porque no se tocó el problema de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la RDA, que los demócratacristianos le enrostraron en los años '70 cuando estaba en la oposición, acusando a sus dirigentes de tener doble estándar al condenar las dictaduras de derecha, como la de Augusto Pinochet en Chile, y guardar silencio hacia las de izquierda, como las de la RDA y la Unión Soviética.

La *Ostpolitik* también implicó el desarrollo de relaciones políticas y económicas con Polonia para superar las profundas heridas provocadas por la sangrienta ocupación de las tropas alemanas en la II Guerra Mundial, especialmente por su acción contra la población judía. La voluntad de reconciliación fue expresada de manera impresionante por Brandt al arrodillarse en su visita de 1970 ante el monumento que recordaba a los miles de judíos asesinados por las tropas alemanas en el gueto de Varsovia. Fue una decisión audaz, no preparada por ese Canciller, según él cuenta en sus memorias, y se trató de un gesto controvertido en la RFA pues

una minoría de 41% estuvo de acuerdo y un 48% lo consideró exagerado.⁸

La democratización en Polonia y Hungría

La unificación alemana se explica no solo por factores internos de la RDA y la *Ostpolitik*, sino también por los profundos cambios políticos producidos en los países comunistas, principalmente en Polonia y Hungría. Los trabajadores polacos habían demostrado fuerza y autonomía en los años '70, culminando con las huelgas en los astilleros del Báltico en agosto de 1980, organizadas por el movimiento sindical autónomo Solidaridad, cuya acción obligó al Gobierno a acoger sus reivindicaciones económicas y de libertad sindical. Durante largos dieciséis meses, Polonia vivió una situación revolucionaria que debilitó severamente al Partido Comunista. A fines de 1981, bajo la fuerte presión de la Unión Soviética, el Gobierno polaco decidió destruir a Solidaridad, imponiendo el estado de guerra. Pero no pudo evitar que la mayoría de la población siguiera en la oposición y exigiera, de manera implícita y silenciosa, avanzar a la democracia. El Gobierno del general Wojciech Jaruzelski, aunque encarceló a miles de dirigentes, sindicalistas e integrantes de las organizaciones de oposición, debió resignarse a negociar una solución política y esta condujo, en junio de 1989, a las primeras elecciones competitivas. En ellas los comunistas sufrieron una severa derrota, siendo nombrado

Primer Ministro uno de los principales asesores de Solidaridad, Tadeusz Mazowiecki.

También hubo importantes cambios en Hungría. Allí, el Partido Comunista había mantenido una considerable autonomía de la Unión Soviética y una cercana relación con sus colectividades homólogas de Europa occidental, especialmente con el Partido Comunista Italiano, bajo el liderazgo de Enrico Berlinguer. En mayo de 1988, esa colectividad húngara se había renovado profundamente, destituyendo a los dirigentes históricos. Asumió la dirección de ella y del Gobierno una nueva generación de políticos decididos a avanzar hacia una democracia parlamentaria. Este grupo dio un paso fundamental en esta dirección un año más tarde, cuando el Gobierno rehabilitó a Imre Nagy.⁹ Ya en junio de 1988, se avanzó hacia la democratización húngara cuando se acordó con Austria derribar la frontera entre los dos países, una significativa parte la "cortina de hierro", representando con ello la voluntad de terminar con la división de Europa.

Hungría dio un importantísimo respaldo a las demandas de libertad de los alemanes orientales en el verano de 1989 al negarse a cumplir un tratado bilateral que exigía la expulsión a la RDA de aquellos ciudadanos que se negaban a abandonar el país. En ese entonces, miles permanecían en territorio húngaro, tras regresar de sus vacaciones en el Mar Negro, porque querían emigrar a la RFA. Varios centenares se refugiaron en la embajada alemana occidental en Buda-

8 Stern, Fritz: *Five Germanys I have known*. Nueva York, Farrar, Strauss y Giroux, 2006, p. 266.

9 Primer ministro destituido por la ocupación soviética en 1956 luego de haber impulsado una política de liberalización; fue condenado a muerte y ejecutado después de un proceso judicial calificado de ilegal.

pest. La mencionada frontera se abrió el 11 de septiembre de 1989 para permitir que viajaran en trenes especiales enviados por el Gobierno federal.¹⁰

Las dificultades de la unidad económica

La unificación no requirió solo un extraordinario esfuerzo diplomático del canciller Kohl y su ministro de Relaciones Exteriores, Hans-Dieter Genscher (Partido Democrático Libre, FDP), sino también planteó enormes esfuerzos de política interna porque implicaba hacer posible la unidad en lo económico y en lo político. Lo primero requería dismantelar un sistema de planificación centralizada –con una economía estatal que, a diferencia de Polonia y Hungría, no dejó espacios a la iniciativa privada– para instaurar una economía social de mercado y establecer las instituciones democráticas en un país que había vivido durante más de seis décadas bajo dictaduras: las de Hitler (1933-1945) y del régimen de la RDA (1949-1989).

El cambio económico tenía una altísima complejidad y requirió un esfuerzo gigantesco por parte del lado occidental de Alemania. La economía de la RDA tenía pies de barro; sus industrias tenían tecnología anticuada y eran inviables para competir en el mercado internacional, y sus altísimos costos ambientales eran inaceptables para los estándares de la

RFA. Como no existían pequeños empresarios, la transformación se apoyó en las empresas de la RFA, que no se desplazaron a los territorios de la RDA sin antes exigir enormes subsidios fiscales. El establecimiento de la economía social de mercado en la ex RDA fue posible por la decidida intervención del Estado, sin esperar que el mercado hiciera milagros, pues los privados no se movilizaron. El Gobierno federal impulsó masivos proyectos de inversión en infraestructura, comunicaciones y educación, junto con amplias subvenciones a inversionistas privados que, pese a ello, siguieron muy recelosos de instalarse allí.

En la actualidad, la zona alemana oriental ha alcanzado los niveles de la parte occidental en términos de infraestructura, vivienda, comunicaciones y calidad de vida, y con altísimos costos para financiar, por ejemplo, las jubilaciones de los trabajadores de la ex RDA.

Pese a todo esto, un considerable sector de la población está insatisfecho con estos bienes materiales y mantiene una cierta nostalgia con el pasado de la RDA, que le daba algunas seguridades, como pleno empleo, servicios públicos gratuitos en salud y educación, aunque una deficiente calidad de vida. Esto demuestra que el cambio de régimen político es un proceso difícil y también requiere entregar bienes inmateriales que sean valorados por la población.

10 Son muy interesantes las memorias del ministro de Relaciones Exteriores de Hungría: Horn, Gyula, *Freiheit die ich meine. Erinnerungen des ungarischen Aussenministers, der den Eisenhen Vorhang öffnete (La libertad que yo entiendo. Las memorias del ministro de Relaciones Exteriores húngaro que abrió la cortina de hierro)*. Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1991.

Legados autoritarios

La construcción democrática fue también muy difícil debido a los poderosos legados autoritarios. Estos provienen incluso de antes del régimen nazi, pues el territorio de la RDA correspondía a la antigua Prusia, cuya historia se caracterizó por el expansionismo y por haberse mantenido fuera del proceso democratizador de Europa Occidental, con un sistema electoral desigual en el que el voto de los obreros valía un tercio. Su elite estuvo dominada por la aristocracia terrateniente (los *juncker*), que ocupó las principales posiciones de autoridad en la administración pública, la Justicia y el Ejército, y a la que se le atribuye responsabilidad en la toma del poder de Hitler en 1933 en razón de que lo apoyaron en forma decisiva.

Max Weber escribió un famoso libro sobre el impacto de la religión en las creencias y las actitudes económicas, describiendo a los católicos como menos interesados en el crecimiento y el lucro, a diferencia de calvinistas y luteranos que sí lo serían. Menos atención ha habido a las relaciones entre religión y política, con excepción de los estudios electorales, que cobran relevancia en los distintos desarrollos en la RDA y Polonia.

Mientras la Iglesia protestante mantuvo una actitud pasiva ante la dominación comunista de la RDA, la Iglesia católica resistió en Polonia, ocupando con inteligencia y pragmatismo los amplios espacios de libertad logrados durante siglos. Se reconoce por todos los observadores que esta –especialmente después de que uno de sus cardenales, Karol Wojtyła, fuera elegido papa en 1978, como Juan Pablo II– tuvo un

rol determinante en su democratización, estimulándola también en los demás países comunistas, con la excepción de la RDA. Antes, el catolicismo alemán había mostrado la fortaleza de sus convicciones al oponerse al nacional socialismo durante la república de Weimar, pero la población protestante se dejó seducir por la demagogia de los nazis, ayudándoles a ser el principal partido en 1932, ubicándose en la antesala del poder.

La RDA no permitió espacios de pluralismo como los que se dieron en Polonia y que fueron útiles para apoyar la construcción de la democracia, con una población que mayoritariamente adhería a la influyente Iglesia católica. Los alemanes orientales eran básicamente protestantes, con una Iglesia débil cuyos obispos buscaron la coexistencia con las autoridades. El régimen autoritario fue rígido y estricto, con un amplio y complejo sistema de control de la población, que incluyó una masiva red de informantes (Stasi) que penetró en las familias, en la que el marido podía espiar a la esposa o el hijo a sus padres. El sistema educacional, fuertemente dominado por el marxismo, aplicó en sus contenidos la tesis de que la religión era *el opio del pueblo*, buscando construir una sociedad atea.

Estas condiciones tuvieron consecuencias en los valores. Un 22% de la población de la ex RDA en el año 2001 se declara atea, en contraste con solo 4% en la parte occidental, el 1% en Estados Unidos y 12% en Francia. Un 37% de los alemanes orientales tuvieron un hogar no religioso, mientras solo un 11% reconoce esa condición en la parte occidental. En términos más amplios, tres cuartas parte de las familias de la ex RDA no

tuvieron socialización religiosa; apenas un tercio en la parte occidental.¹¹

La construcción de la democracia era compleja porque no se trataba solo de impulsar una eficaz gestión del Gobierno y definir acertadas políticas públicas para expandir la economía social de mercado a la ex RDA a través de una compleja red de instituciones estatales y paraestatales, desde el federalismo a un poderoso banco central autónomo. También se debía construir partidos, promover grupos de interés y el desarrollo de las asociaciones voluntarias, que habían sido muy influyentes en la antigua RFA. Y, además, como los Gobiernos son elegidos en elecciones, se debía ganar la confianza popular, no solo con bienes materiales, sino también políticos, para lo cual el liderazgo es fundamental. En consecuencia, se debía actuar simultáneamente en dos escenarios: al interior del Gobierno y la administración, y ante los ciudadanos, en las calles, plazas y recintos cerrados para comunicarse con la población de la ex RDA.

Cambios en el sistema de partidos

La unificación alemana tuvo consecuencias en el sistema partidista, pues ha surgido un quinto partido, el PDS, que reunió a ex comunistas, y se ha debilitado el apoyo electoral de los dos principales, el demócratacristiano y el socialdemócrata. Tal escenario ha complicado la

formación de los Gobiernos y ha hecho más difícil su capacidad decisoria para resolver problemas complejos. La CDU vio debilitado el enorme poder electoral que tuvo en la RFA al haber alcanzando, junto a la Unión Social Cristiana, CSU, de Baviera, un 50,2% en las elecciones de 1957. Su debilitamiento es en gran medida consecuencia de la menor votación obtenida en vista de las singularidades culturales y políticas de la población de la ex RDA. En las recientes elecciones de septiembre de 2009, alcanzó el 33,8%, similar al porcentaje de 2005, cuando fue de 35%.

La socialdemocracia alemana se ha debilitado aún más por la competencia del PDS en la izquierda, que logró entrar al Bundestag en las elecciones de 1990. Superó la barrera del 5% tras ganar varios escaños directos en la ex RDA, convirtiéndose en el partido opositor al Gobierno y al sistema económico establecido en la RFA. El debilitamiento socialdemócrata también se explica por la ruptura provocada por Oskar Lafontaine, ex presidente del SPD y candidato a canciller federal en 1990, quien ahora se alejó de esta colectividad y constituyó una nueva¹², quitándole votos en la parte occidental de Alemania. El partido de Lafontaine se fusionó con el PDS, formando otro referente: *Die Linke* (La Izquierda). En los comicios federales del año 2009, el SPD vio desplomada su votación al 23%, es decir, una caída de once puntos en comparación al año 2005. Mientras, La Izquierda alcanzó 11% de los votos y tuvo un caudal electoral muy superior en la parte

11 Los datos los hemos tomado de Spieker, Manfred, "Gespaltenes Missionsland. Zur Lage des christlichen Glaubens im wiedervereinigten Deutschland", en: Vogel, Berhard (ed.) *Religion und Politik. Ergebnisse und Analysen einer Umfrage*, Freiburg, Herder, 2003, pp. 92-126.

12 Fue la Alternativa Electoral por el Trabajo y la Justicia Social (WASG).

oriental alemana -32,4% en Sachsen-Anhalt-, situándose como el principal partido. El SPD quedó allí en un tercer lugar.¹³

La unificación de Alemania cerraba la división del país y de Europa provocada medio siglo antes por el régimen de Hitler y estimulada luego por el de Stalin en la Unión Soviética. La nueva unidad fue posible por múltiples factores que hemos tratado de resumir, externos principalmente, entre los que destaca la revolución de los trabajadores del Báltico de Polonia, en 1980, y la política impulsada por Gorbachov en la Unión Soviética, además de factores internos. Estos están constituidos por la perseverancia de los alemanes occidentales de buscar la unificación, un objetivo de su política exterior y de sus partidos desde el surgimiento de la RFA en 1949, por el rápido resurgimiento de la oposición en la RDA en 1989 y el notable desempeño del canciller federal Helmut Kohl, quien supo actuar con extraordinaria habilidad en un escenario muy complejo, rompiendo desconfianzas históricas en gobernantes europeos, y movilizando a los alemanes orientales hacia la unificación. El 9 de noviembre de 1989 fue un "momento estelar de la humanidad" (Stefan Zweig) y Kohl mostró una enorme capacidad de liderazgo y estuvo a la altura de ese instante excepcional.

13 En dos Länder de la ex RDA, Die Linke superó al SPD, Mecklenburg-Vorpommern, 29% y 16,6%, respectivamente, y Turingia, 28,8% y 17,6%, respectivamente.



Los Autores

Konrad Weiß

Publicista, ex miembro del Parlamento Federal de Alemania (1990-1994), miembro fundador de la asociación "Bürgerbüro e.V." que se dedica a las personas perjudicadas permanentemente por la dictadura del partido socialista único de Alemania (SED).

Dr. Helmut Kohl

Ex Canciller de la República Federal de Alemania (1982-1998), ex presidente del Partido Demócrata Cristiano (CDU) (1973-1998), ex presidente del Estado Federado Renania-Palatinado (1969-1976).

Dr. Marianne Kneuer

Profesora de ciencias políticas de la Universidad Católica Eichstätt/Ingolstadt, miembro del directorio de la asociación alemana de ciencias políticas.

Dr. Joachim Ragnitz

Director Adjunto del Instituto Ifo de Investigación Económica en Dresde, enfocado en la investigación de Alemania del Este, en el desarrollo regional de esta zona, la reestructuración sectorial y la política económica y financiera general.

Dr. Carlos Huneeus

Profesor del Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, director del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC).